

como soberano de Schleswig-Holstein, en calidad de miembro de la confederación alemana.

Veamos ahora lo que hizo el Austria. En 1.º de febrero de 1864 entraron los prusianos y austriacos en el Schleswig para atacar al ejército danés en su posición del Dannewerk, conforme al plan del general Moltke, jefe del estado mayor prusiano. Este plan estaba basado en la experiencia de la campaña de 1848 y 1849, que había demostrado que aunque se conquistase toda la parte continental de Dinamarca, no se obligaría con esto al citado país a hacer la paz. La memoria del 13 de enero de 1864, titulada: *La guerra dinamarquesa-alemana*, publicada por el estado mayor prusiano, decía: «Mientras nuestra escuadra no pueda hacer frente a la danesa resultarán para nosotros inaccesibles las islas, y sobre todo la que es el centro del gobierno dinamarqués. Para que la ocupación de la Jutlandia obligara al gobierno de Copenhague a ceder, tendría que ser muy duradera; pero en este caso suscitara la intervención diplomática y, probablemente, armada de otras potencias. Por esto el objeto verdadero de las operaciones en esta guerra debe ser la destrucción del ejército dinamarqués antes que llegue a los puntos seguros de embarque. Conviene, pues, que el ejército dinamarqués tome efectivamente la posición avanzada del Dannewerk; y como el ataque de frente a esta posición contraria costaría muy grandes sacrificios, sin que la persecución diera un notable resultado, conviene cortar la retirada a los dinamarqueses desde Schleswig hasta la posición de Duppel, distante tres jornadas; es decir, tomarles la delantera cerca de Flensburg. Por esto, simultáneamente con el ataque de frente, un cuerpo de ejército de las tres armas é independiente del cuerpo de ataque deberá dar un rodeo y utilizar las inundaciones del Treene ó del Schlei para pasar estos ríos.»

Para atacar de flanco el ala izquierda del ejército dinamarqués se destinó un ejército prusiano de veinticinco mil hombres, mandado por el príncipe Federico Carlos, y el ataque de frente fué encomendado a un ejército austriaco de veintimil hombres a las órdenes del general Gablenz. Una división combinada de la guardia real, mandada por Mulbe, formaba el cuerpo de reserva, y tenía el mando en jefe de todo el ejército aliado el feld-mariscal prusiano Wrangel, al cual se había agregado el príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo.

El ejército dinamarqués, compuesto de treinta y cinco mil hombres y mandado por el general Meza, había tomado posición en el Dannewerk, al Este y Oeste de la ciudad de Schleswig. Atendida su inferioridad numérica, el general Meza había recibido instrucciones para ocupar completamente la posición citada, pero no defenderla sino solamente hasta donde no peligrase la existencia del ejército, el único que la Dinamarca poseía y que había de quedar disponible para la primavera próxima; por manera que el material de guerra no debía ser obstáculo para abandonar la posición indicada en el caso de que fuera necesario.

Adelante en nombre de Dios, fué la orden del general en jefe, Wrangel, en la noche del 31 de enero, y por la mañana, lunes, 1.º de febrero, los dos cuerpos del ejército principal pasaron el Eider: los prusianos a la derecha para flanquear al ejército dinamarqués por el lado de Missunde, y a la izquierda los austriacos para atacar al ejército dinamarqués por su centro. El camino para Missunde pasaba por Eckernforde, en cuya bahía se presentaron dos buques de guerra dinamarqueses con un vapor correo. Un corto cañoneo de tres baterías prusianas bastó para hacer retirar los tres buques, que de otra manera habrían tenido la misma suerte que el navío *Cristian VIII* y la fragata *Gefion*, que hubieron de arriar bandera bajo el fuego de la única batería pru-

siana en 5 de abril de 1849. El primer encuentro serio con los dinamarqueses tuvo efecto en 2 de febrero delante de Missunde, en cuya ocasión la artillería prusiana se portó brillantemente. En 3 de febrero los austriacos, con la llamada brigada de hierro del general Gondrecourt, después de haber pasado el día antes el río Sorge, tomaron las posiciones de los dinamarqueses cerca de Ober-Selk y Jagel. Desde la eminencia llamada *montaña del rey* (Königsberg) se pudo ver el centro de los baluartes del Dannewerk, que de consiguiente quedaban al alcance de la artillería aliada. En 4 de febrero se hicieron en el campamento prusiano los preparativos para pasar el Schleix cerca de Arnis y Cappeln, y se pasó en la noche del 5 al 6 de febrero; pero en la misma noche se retiró el ejército enemigo a Sundewitt, adonde llegó después de un sangriento combate de su retaguardia con los austriacos cerca de Oeversee.

Por la noche del 4 de febrero decidieron los dinamarqueses en un consejo de guerra la evacuación del Dannewerk como único medio de salvar el ejército de ser aniquilado ó hecho prisionero. Fué lo más racional que el enemigo pudo hacer, pero como el populacho de Copenhague no comprendió la situación, calificó al general Meza de cobarde y traidor. Había bastado una sola semana para arrebatar a los dinamarqueses todo el ducado de Schleswig, hasta las fortificaciones de Duppel. A principios de marzo entraron los aliados también en la Jutlandia y en abril se decidió toda la guerra con la toma de Duppel, después de cinco semanas de cerco estrecho y otras cinco de sitio en regla; hasta que por la mañana del 18 de abril de 1864, después de seis horas de un fuego vivísimo de la artillería de sitio aliada, seis fuertes columnas avanzaron al asalto de los seis baluartes que formaban la primera línea de las fortificaciones. El general Manstein, que dirigió el asalto, había dicho en su orden: «Cuento confiadamente con la energía de las tropas; el fuego de metralla no debe ser motivo para detenerse ni para volver atrás. Si hubiere algún contratiempo entrará en línea la reserva, como ya se entiende. No espero aviso de la toma de un baluarte. Está dicho: nuestras banderas han de ondear sobre todos ellos a la vez.»

A las diez en punto cesó el fuego de la artillería prusiana y en el mismo instante desaparecieron los cestones delante de la tercera paralela; las seis columnas de asalto se echaron al campo y se lanzaron sobre los baluartes del enemigo, que en diez minutos de lucha fueron tomados todos. Sin detenerse, las tropas vencedoras se precipitaron sobre los cuatro baluartes de la segunda línea; los tomaron y sostuvieron contra el fuego que el navío *Rolf Krake* hacía desde el mar, y, finalmente, sin esperar órdenes, las columnas de asalto se apoderaron de la cabeza del puente de Alsensund al retirarse los dinamarqueses a esta isla. Al declinar el día, toda la parte continental del Schleswig estaba en manos de los aliados. Los dinamarqueses habían tenido 4,800 bajas entre muertos y heridos y los prusianos 1,201, entre los cuales había 17 oficiales y 246 soldados muertos.

Estaba cumplida la condición previa para la reunión de la conferencia europea propuesta por la Inglaterra en 16 de enero, y las potencias alemanas, hallándose ya en posesión del objeto del litigio, nada tuvieron que temer de las plumas de los diplomáticos.

El gobierno inglés solo llegó a reunir una conferencia de diplomáticos sin ninguna esperanza de que diera el menor resultado, pues que no hubo armisticio ni bases convenidas sobre las cuales debiera discutir la conferencia. En 3 de enero de 1864 el embajador de Sajonia, Vitzthum, dijo a Disraeli, uno de los jefes del partido tory: «Teneis hecho un arreglo secreto con lord Palmerston. Le dejais en el extran-

jero las manos libres con tal que siga en el interior vuestra política. Este acuerdo tiene, sin embargo, sus límites, como lo prueba el veto de lord Derby contra un ataque a Venecia. ¿Sabeis vosotros, torys, lo que pasa? ¿Sabeis lo que ese viejo botafuegos medita? Está furioso por el giro que toma la cuestión dinamarquesa, furioso por ver su amor propio herido, porque el tratado de Londres concertado con el embajador de Rusia se ha hecho insostenible, y su vanidad ofendida le hace pensar ahora en una guerra general. Quiere bloquear y devastar los puertos alemanes del Báltico y del mar del Norte; quiere enviar una segunda escuadra acorazada al Adriático para reducir a cenizas a Trieste y Venecia, y quiere, y este es el punto principal, desencadenar y azuzar contra la Alemania los perros infernales de la revolución, para lo cual tiene preparados un millón de libras esterlinas que dar a Mazzini y Garibaldi y otro para Kossuth. El primero debe incendiar la Italia y el último la Hungría y las comarcas limítrofes de la Turquía. La mayor parte de los ministros están contra este plan; pero Palmerston amenaza y dice a sus colegas: si no hacemos la guerra nos derribarán los torys para hacerla ellos. Así están las cosas, y ahora se trata solamente de saber si usted y lord Derby quieren cargar con la responsabilidad de semejante conflagración general, que ha de poner en peligro todos los intereses conservadores de Europa. ¿Qué es la integridad de Dinamarca? Una frase que nada significa. ¿Qué influencia puede tener sobre el interés político del imperio británico el ser ó no ser de un pequeño Estado de 2.600,000 habitantes?»

A esto contestó Disraeli: «Estoy enteramente de acuerdo con usted. La integridad de Dinamarca es una engañifa: aquí no hay *casus federis*. Los ministros actuales han aplaudido cuando fué expulsada de Grecia la dinastía establecida por la misma Inglaterra y han saludado con júbilo la expulsión de las dinastías legítimas de Parma, Florencia, Módena y Nápoles por los voluntarios de Garibaldi y las bayonetas piemontesas. ¿Con qué derecho quieren ahora estos mismos ministros imponer una dinastía a los pueblos del Holstein y Schleswig que estos no quieren y que no reconocen por legítima? ¿Y por esto hay que encender una guerra europea? ¿No sería esto jugar a favor de Luis Napoleón? ¿No se echaría éste en la arena a favor de las nacionalidades oprimidas tan pronto como Inglaterra desenvainase su espada por la Dinamarca? ¿No podría hacer una alianza leonina con la Prusia, amenazar a la Bélgica y a los países del Rin y sublevar finalmente todo el continente contra la *pérfida Albion*? Estos son peligros verdaderos, palpables y no ilusorios como lo es la integridad de un pequeño país.» Disraeli estuvo, pues, en un todo conforme con su interlocutor, y dijo que la misión principal de Inglaterra en este asunto era vigilar al emperador Napoleón é impedir su intervención.

Napoleón, sin embargo, no necesitaba ser vigilado, sino muy al contrario fué él quien contuvo los ímpetus de lord Palmerston y desbarató su plan de guerra general negándose, en 30 de enero, a prestar a la Dinamarca el auxilio que en 24 del mismo mes le había pedido lord Russell. Cuando en 4 de febrero volvió a reunirse el parlamento inglés, la política de confusión del gabinete fué demostrada y combatida por lord Derby en la cámara de los lóres y por Disraeli en la cámara de los comunes. En 6 de febrero el gobierno de Copenhague pidió con vivas instancias el auxilio de la poderosa Inglaterra; pero el gobierno inglés negó en 19 del mismo mes todo socorro eficaz y verdadero, por manera que a los dinamarqueses les cupo la misma suerte que a los polacos el año anterior. Excitados y ensobrecidos por promesas livianas de Inglaterra, quedaron abandonados a sí propios cuando llegó el caso de justificar con actos el retumbante

lenguaje de los despachos diplomáticos. La noticia de la evacuación del Dannewerk produjo este resultado, y la conferencia que se reunió bajo la impresión de la toma de Duppel, no pudo hacer más de lo que hizo: dar sepultura al tratado de Londres. En esta conferencia estaban representadas el Austria por el conde de Apponyi y el consejero Biegeleben; la Prusia por el conde de Bernstorff y el consejero Balan; la confederación alemana por el barón de Beust; la Dinamarca por el ministro Gaaude y los consejeros Krieger y Bille; y en cuanto a las potencias neutrales, la Inglaterra por los lóres Russell y Clarendon; la Francia por Latour d'Auvergne; la Rusia por el barón de Brunnow, y la Suecia por Wachtmeister. En la primera sesión se trató de acordar un armisticio, y entonces el gobierno de Dinamarca tuvo la osadía de pedir que el armisticio no privase a los daneses de bloquear los puertos y costas de Alemania ni de apresar los buques alemanes. Apoyó estas pretensiones la Francia, por lo cual el representante de Prusia en París declaró que sobre esta base no había que pensar en armisticio, cualesquiera que fuesen las consecuencias y peligros que resultaran para su nación. Había pasado el tiempo en que los diplomáticos europeos pudiesen trocar las victorias de las armas alemanas en derrotas y el fin de la conferencia, á despecho de la resistencia de Dinamarca, fué una tregua durante la cual la Jutlandia y el Schleswig quedaron en poder de los aliados, la isla de Alsen en poder de Dinamarca, y del bloqueo no se habló nada. El 12 de mayo empezó el armisticio de cuatro semanas, durante las cuales se hizo la primera tentativa para encontrar una base de paz.

Bismarck envió en 15 de mayo al representante de Prusia en Londres un despacho en el cual, usando un lenguaje enérgico, le decía que no debía buscarse esta base de paz en el tratado de Londres, porque este tratado había perdido para la Prusia toda su fuerza; la Prusia, por consideración a las demás potencias, no había hecho esta declaración, como hubiera podido, cuando la Dinamarca había continuado en su sistema de violación del derecho establecido el 18 de noviembre y apelado hasta a la resistencia armada, pero a la sazón se encontraba desligada de esta consideración. Por otra parte, la Prusia había perdido toda esperanza de que la Dinamarca cediera; contra ella y no contra las potencias neutrales había tomado precauciones y contraído obligaciones; y como ya no se creía obligada a nada respecto de Dinamarca, no reconocería ninguna reclamación fundada en aquel tratado. Este era el espíritu de las instrucciones del representante de Prusia; el del Austria no recibió instrucciones en este sentido, pues que su gobierno continuó negociando sobre la base del tratado de Londres; pero los dos gobiernos alemanes, sin manifestar en la conferencia su diversidad de opinión, declararon en común, sin renunciar formalmente al tratado de Londres, que querían la completa independencia de los dos ducados, estrechamente unidos por instituciones comunes, lo cual no excluía la posibilidad de llegar a una unión personal.

El representante de la confederación, Beust, dijo que la confederación alemana no consentiría en la reunión de los ducados con Dinamarca; y como el conde Apponyi dijera todo asustado: «No sé si el señor plenipotenciario de la confederación está autorizado para decir esto,» le respondió Beust: «Verdad es que no estoy particularmente autorizado, pero estoy cierto de que no seré desmentido.» A esto dijo lord Clarendon: «Bien, así me gusta más; esto es por lo menos hablar claro y lealmente.» Con lo dicho había prestado Beust un gran servicio, y había escrito en 16 de mayo a un amigo político: «La situación es tal, que me parece útil soltar en la conferencia, contra el partido de Dinamarca, todos los per-

ros que quieran ladrar; pues el aullido de la jauría hará que la sumisión de los ducados á la Dinamarca aparezca á los extranjeros imposible y les obligará á meditar soluciones que no les puede presentar el gobierno de Prusia.»

Los dinamarqueses hicieron lo que no pudiera haber logrado ni la confederación ni la prensa, es decir, decidieron al Austria á favor de la separación completa de los ducados de Dinamarca. Los aliados se habrían contentado todavía con una unión personal que garantizara los derechos de los ducados, pero el gobierno de Dinamarca rechazó por medio de sus representantes como del todo inaceptable la proposición que los aliados habían presentado en este sentido, y entonces, en 28 de mayo, el Austria y la Prusia despejaron la situación haciendo ver claro el verdadero objeto de la guerra: «Habiendo declarado los señores plenipotenciarios dinamarqueses completamente inaceptables las proposiciones del Austria y de la Prusia presentadas en la última sesión, aun en el caso de que la confederación se decidiera á reconocer los derechos de sucesión del rey de Dinamarca en los ducados, los representantes de las potencias alemanas han recibido instrucciones para pedir, de acuerdo con el de la confederación, la separación completa de los ducados de Schleswig y Holstein del reino de Dinamarca y su reunión en un Estado bajo la soberanía del príncipe heredero de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, que en opinión de Alemania no solamente reúne el mayor número de derechos á suceder en los ducados y cuyo reconocimiento aparece de consiguiente asegurado de parte de la confederación alemana, sino también sin ninguna duda los votos de la inmensa mayoría de los habitantes de los citados ducados.»

La Inglaterra, separándose también del tratado de Londres y del empeño de sostener la integridad de Dinamarca, propuso una división del Schleswig con el Schleix por frontera. Esta frontera fué rechazada por los alemanes, mientras los dinamarqueses admitieron la división solo en principio; pero como á pesar de haberse prolongado el armisticio no hubo acuerdo respecto de la frontera, se disolvió la conferencia sin resultado el 25 de junio. Antes de esto había tratado lord Russell de excitar á la Francia á favor de la Dinamarca, haciendo proponer por su embajador al gobierno francés que se entendiera con Inglaterra para establecer una línea fronteriza, cuya aceptación por parte de las potencias alemanas pedirían en forma de *ultimatum*, apoyando su exigencia con demostraciones amenazadoras de sus escuadras. Esto comprometía poco á la Inglaterra, que podía retirarse cuando le conviniese á sus islas, pero comprometía en gran manera á la Francia; por cuyo motivo contestó Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros de Francia: «Antes del éxito lamentable de nuestros pasos en la causa polaca no había recibido ninguna mengua la consideración de las dos potencias, pero hoy sería funesto para su dignidad adelantar palabras sin hechos ni manifestaciones serias.» En seguida preguntó si Inglaterra se comprometería á cargar con las consecuencias de la intervención hasta el fin y si quería hacer una verdadera alianza ofensiva y positiva, como cuando la guerra de Crimea. A esto el gobierno francés no recibió contestación y de consiguiente no se mezcló en el asunto (1).

Tres días después de la conclusión del armisticio, es decir, en 29 de junio, un brillante hecho de armas de los prusianos completó la conquista de Schleswig con la de la isla de Alsén, tomada por la división Manstein. Los dinamarqueses habían calculado que los prusianos echarían un puente en la parte más angosta del brazo de mar que separa la isla del continente, y á este efecto habían hecho tomar posiciones al

grueso de su ejército cerca de Sonderburg; pero los prusianos pasaron el brazo de mar en su parte ancha á las dos de la madrugada del 29 de junio, en cincuenta lanchas, que se adelantaron puestas en línea á la orilla enemiga. Al llegar á la mitad del brazo de mar, que en aquel punto tiene una anchura de ochocientos cincuenta pasos, sonó el primer tiro del enemigo, seguido instantáneamente de un tiroteo violento por ambas partes; y si bien el fuego de los daneses fué bastante eficaz, llegó tarde, porque á las dos y quince minutos había tomado tierra con insignificantes pérdidas el primer batallón del regimiento de infantería número 24. El teniente Petry fué el primero que llegó á la orilla seguido del coronel Hacke, que plantó la primera bandera alemana sobre el parapeto enemigo. Los prusianos saltaron en tierra por tres puntos diferentes y en todas partes, después de una corta lucha, tomaron las trincheras enemigas, cuyos defensores fueron muertos ó desarmados, y siguiendo adelante á paso de carga se apoderaron de toda la península de Kjars. La ciudad de Sonderburg fué atacada y tomada por asalto antes de las siete de la mañana. Los dinamarqueses renunciaron á toda ulterior resistencia, se embarcaron y abandonaron la isla á los prusianos. La idea triste y desesperada de su insuficiencia continuó desde entonces dominando á los dinamarqueses.

Un cambio de ministerio ocurrido en Copenhague (8 de julio) hizo subir al poder al partido de la paz, y en 12 de julio la pidió el ministro Bluhme. En el tratado preliminar que se hizo el 1.º de agosto cedió el rey de Dinamarca todos sus derechos sobre Schleswig-Holstein y Lauenburgo al rey de Prusia y al emperador de Austria, obligándose desde luego á reconocer lo que estos soberanos dispusieran respecto de los tres ducados. La paz definitiva que se firmó en Viena el 30 de octubre de 1864, no hizo más que confirmar la preliminar.

Los ducados quedaron definitivamente separados de Dinamarca: se había pagado la deuda de honor de 1850; pero la nación alemana no se creyó libre de temor, por grandes que fuesen los resultados obtenidos, porque faltaba resolver la segunda parte de la cuestión de los ducados, que en el fondo era la verdadera cuestión alemana y que hubo de ser resuelta á cañonazos.

CAPITULO II

LA CUESTION ALEMANA Y LA GUERRA ALEMANA

Con la paz previa de 1.º de agosto de 1864, que acabó para siempre con el orgullo de Dinamarca, empezó para el ministerio Bismarck un período en que se eslabonaron de una manera casi maravillosa, en serie no interrumpida, toda clase de grandes éxitos y de triunfos. En 1.º de octubre fué destruida la unión aduanera particular. Los gobiernos de Baviera, Wurtemberg, Nassau y Hesse-Darmstadt, firmes en su resistencia al tratado de comercio con Francia del 20 de agosto de 1862 y en su adhesión al Austria, que quería disolver la unión aduanera prusiana para poner en su lugar otra austriaca, rechazaron tenazmente la renovación de la unión aduanera con la Prusia hasta el momento en que se vieron expuestos á quedar fuera de la unión si no entraban en ella para el 1.º de octubre de 1864. Entonces, en la noche que precedió á este día, sus representantes pasaron á Berlín para rendirse á última hora, pues que ningún ministro de los citados países se habría atrevido á presentarse ante sus cámaras con la noticia de haber quedado excluidos de la unión aduanera.

Cuando en 1864 se volvieron á reunir las cámaras prusianas en 14 de enero, dijo el rey Guillermo con justo orgullo en su discurso del trono: «Después de una paz de medio

siglo, interrumpida solo por algunas expediciones guerreras de corta duración, han dado brillantes pruebas de su eficacia la instrucción y disciplina de mi ejército, su buena organización y su armamento á propósito en la guerra memorable del año anterior, hecha en condiciones desfavorables por el mal tiempo y la resistencia heroica del enemigo.

»Débese á la actual organización del ejército que se haya podido hacer esta guerra sin perjudicar la actividad industrial y los intereses de las familias con el llamamiento de la reserva á las filas. Con semejante experiencia es más que nunca mi deber de soberano el mantener incólume la organización existente y perfeccionarla sobre las actuales bases.» Al final de este discurso expresó el rey el deseo de que se arreglaran las disensiones existentes entre el gobierno y la cámara de diputados. Este arreglo debía hacerse como lo indicaba lo dicho en el discurso, sin tocar á la nueva organización del ejército, mucho menos después que esta organización tenía en su favor la mejor de las demostraciones, la experiencia. Sobre esto dijo el ministro del Interior, Eulenburg, en 24 de enero, en la cámara de diputados: «Figuraos un monarca, militar hasta la médula de los huesos, que comprende hasta el fondo la importancia que tiene su ejército para él y para su patria, cuyos pensamientos y deseos desde su primera juventud se han concentrado en dar al ejército una organización que garantice su fuerza y seguridad y lo haga propio para un mayor desarrollo, que lo mantenga á la altura del primer ejército de Europa; figuraos un monarca que por fin cree haber encontrado este medio, que con el asentimiento previo de la representación del país ha proporcionado provisionalmente esta condición del ejército, y que cree esta condición y su realización completa tan necesarias que no retrocede ante el peligro de gobernar el país sin presupuestos aprobados; figuraos que esto va seguido de una guerra hecha por este ejército victoriosamente, y que aunque se pueda decir que esta guerra se habría ganado también sin aquella organización, hay que confesar que no se hubiera hecho con tanta seguridad y hasta elegancia como se ha hecho gracias á la nueva organización. Tened también presente que no se han presentado los peligros que se auguraron á consecuencia de la falta de aprobación de los presupuestos, y decid después á este monarca que renuncie á su obra, en cuyo favor hablan todos los hechos, y que se entienda con la cámara destruyendo una parte de su obra misma, que ha hecho á la Prusia grande. Esto es imposible, enteramente imposible; ni el actual monarca de Prusia ni ningún sucesor suyo se apartará ni un punto de los principios de esta organización del ejército y de las leyes y disposiciones que á ella se refieren, y los reyes de Prusia existirán más tiempo que las cámaras elegidas por tres años.»

Porque la cámara no creyó en la utilidad de la reorganización del ejército, y porque quería á la fuerza el servicio activo de dos años, había negado los recursos para esta reorganización y calificó de inconstitucional todo lo que el gobierno hizo contra la resolución imposible del 23 de setiembre de 1862. Faltaba, pues, solo que la cámara modificara su juicio respecto de la mayor valía del ejército reorganizado, para que cesara de pedir la abolición de la reorganización, aprobara los gastos hechos y cesara toda la disputa entre el gobierno y la representación del país. Esto es lo que dijo y recomendó el citado ministro á los diputados al final de su discurso, diciéndoles: «Renunciad á la idea de ejercer vuestro derecho de desaprobar los presupuestos en la cuestión militar; buscad otro motivo, otro punto en el cual creáis poder ejercerlo. Yo creo que no encontrareis ninguno, porque hallareis al gobierno siempre pronto, cuando no lo imposibiliten circunstancias positivas, á aceptar la interpretación

de los artículos de la ley en que insistís. Que desaparezca este hecho de nuestra vista y del mundo, y entonces nos servirá de enseñanza para tiempos futuros esta lucha, que ya dura dos años y que no cesará nunca si la cámara no cede, para bien de la patria, contribuyendo así más de lo que se cree al desarrollo de la vida constitucional.»

Como Bismarck había dicho desde un principio y como repitió en 24 de enero en la cámara de los señores, solo podía acabar con el conflicto un compromiso, pues que toda la vida constitucional era una serie de compromisos. Todo compromiso, sin embargo, supone buena voluntad, para la cual es menester confianza mútua, y esto era justamente lo que faltaba á la cámara de diputados, porque los motivos que se habían aducido contra la reorganización del ejército se fueron desvaneciendo uno tras otro, como lo fué la objeción de que los gastos excedían á los ingresos, pues los ingresos ordinarios de la administración dejaron cada año tan grandes excedentes que en 1865 importaban 7.147,641 talers. Esto había hecho inútil el empréstito de guerra, y lo mejor del caso era que el excedente de ingresos no fué debido á haber apretado más los tornillos del sistema tributario sino al desarrollo del tráfico y de la prosperidad, como lo probó el aumento en los productos de explotación de los bienes nacionales, de los montes, del correo, de los ferrocarriles del Estado y de los telégrafos. Así, pues, la vida del pueblo no se había resentido en lo más pequeño de que el gobierno administrase sin presupuesto aprobado. En las sesiones de los días 20, 21 y 23 de marzo volvió á demostrar el ministro de la Guerra en otros tantos discursos la utilidad de la nueva organización del ejército con observaciones irrefutables y que tampoco se trataron de refutar; mas no por esto quiso la mayoría de la cámara de los diputados separar la cuestión militar de la constitucional. Se negó como antes á reconocer los gastos de la reorganización y repitió en 8 de junio de 1865 su acuerdo irrealizable de disolver la mitad del ejército prusiano y de trastornar la organización militar que desde 1860 existía.

El príncipe heredero de Augustenburg no comprendió la ineludible necesidad de su íntima unión con la Prusia. Cuando en junio de 1864 estuvo en Berlín para activar su instalación en el trono de los ducados y oyó de boca del presidente del consejo de ministros, Bismarck, las condiciones previas que exigía la Prusia antes de darle posesión, condiciones que luego citaremos, dijo el duque indignamente: «¿Por qué, pues, han venido ustedes á los ducados? Nosotros no les hemos llamado, y sin la Prusia acaso habría acabado el asunto mejor para mí.»

En octubre la nobleza y los estamentos del ducado de Lauenburgo y en diciembre el barón de Scheel-Plessen á nombre del Schleswig-Holstein presentaron una petición dirigida al rey de Prusia solicitando ser incorporados á la Prusia, cuya petición fué muy bien recibida por el rey. Bismarck al tener noticia de esto escribió, en 16 de mayo de 1864: «Los holsteinenses, el duque de Augustenburg y todos los partidarios de la inseparabilidad de los ducados se han acostumbrado á ser los mimados del pueblo alemán y á que la Prusia se sacrifique por ellos y se juegue su existencia. La petición que se acaba de dirigir al rey les despertará de su ilusión. Por lo demás, se aumenta de tal modo en mí el sentimiento de gratitud hacia Dios por su auxilio, que llevo á tener la confianza de que el Señor sabe también dirigir nuestros errores hacia nuestro bien, de lo cual me convenzo cada día más para no incurrir en el pecado de soberbia. Para ilustrar más la situación quiero observar, finalmente, que la incorporación á Prusia no es para mí el fin supremo é indispensable sino solamente un suceso muy satisfactorio.»

(1) Memor: *L'Allemagne nouvelle*, pág. 103.